

ños, pensadores y técnicos, nobles y artesanos, hombres y mujeres.

Porque, al fin y al cabo, de eso se trata fundamentalmente: de cómo se fueron construyendo saberes y prácticas en torno al conocimiento y a la capacidad de aprehender y transformar una naturaleza que, de una manera rápida y casi inesperada, adquirió unas dimensiones absolutamente nuevas para los europeos.

Esos europeos de finales del siglo XV y principios del siglo XVI habían desarrollado una cultura científica basada esencialmente en una filosofía natural procedente de la Antigüedad clásica y en unas prácticas de elaboración y transmisión del conocimiento acerca de la naturaleza muy marcada por el escolasticismo universitario. Ambos aspectos, sin embargo, se hallaban entonces en un proceso abierto de transformación.

Por un lado, los saberes clásicos, que se habían incorporado a lo largo de los siglos bajomedievales mediante procesos de recuperación y transmisión muy complejos, conocían una profunda renovación, derivada esencialmente de la puesta en marcha -con apreciable y casi generalizado éxito- del programa humanista. Por otro lado, nuevas prácticas de elaboración y transmisión de esos saberes se estaban creando en espacios de discusión y creación de conocimiento fuera del estricto marco de las universidades, tanto en las cortes de los soberanos y de los grandes señores, como en el mundo urbano, donde la difusión de la cultura escrita a través de la imprenta comenzaba a ocupar un lugar preeminente.

Por todo ello, conviene recordar algunos conceptos sobre los saberes y las prácticas que nos ocupan, concretados en el cultivo de dos áreas científicas bien definidas en la terminología de la época: la historia natural y la materia médica.

Como es sabido, se trata de dos áreas que, en realidad, resulta difícil separar con nitidez, dada la íntima relación existente tanto entre sus objetos de estudio, como entre los cultivadores respectivos de ambas disciplinas. En su inmensa mayoría fueron personas con una formación médica universitaria y, en buena parte de los casos, con una actividad médica paralela y una motivación esencialmente médica en el encauzamiento de sus estudios acerca de las plantas, los animales y los minerales.

Esta conexión profunda con el mundo médico no debe hacerlos olvidar, sin embargo, la otra faceta de estos estudiosos. La aproximación a la naturaleza por parte de la cultura renacentista europea tuvo en la historia natural una de sus vías más originales. El hombre renacentista abordó el complejo y fascinante mundo de la naturaleza viva que le rodeaba mediante el cultivo de esa disciplina. Se trataba principalmente de describir, catalogar, clasificar (historiar la naturaleza significaba esas tres cosas) animales, plantas y piedras con un objetivo ambicioso y globalizador, preñado de interés por lo que el entorno inmediato ofrecía, pero también, de un modo inédito hasta entonces, por lo nuevo, lo raro, lo exótico.

La historia natural, tal y como la abordaron los europeos del siglo XVI, se nos presenta con ese afán descriptivo y clasificador, a la vez que con una casi obsesiva fascinación por lo lejano, lo raro y lo desconocido. En la gran época de la expansión geográfica, resulta obvio que el motor de esa curiosidad permitió que un gran universo de seres y objetos naturales fuera puesto a disposición de los estudiosos, que se enfrentaron a ellos con un entusiasmo intelectual similar al que suscitaba en los astrónomos la aparición de una nova, o en los médicos los continuos progresos de los saberes morfológicos acerca del cuerpo humano.

Los espectaculares avances en los dos campos, el de la materia médica y el de la historia natural, se solaparon muy a menudo y dieron lugar a una etapa de auténtica renovación. Las distintas prácticas inherentes a ambas conocieron un proceso de innovación y desarrollo muy importantes. Las salidas a herborizar por los territorios cercanos o lejanos, la creación de jardines botánicos dentro y fuera de la institución universitaria, la dotación en las facultades de medicina de cátedras específicamente dedicadas al estudio de los llamados

simples medicinales (cada uno de los elementos de origen vegetal, animal o mineral que constituían la materia médica), la invención de instrumentos de investigación y comunicación completamente nuevos (como los herbarios secos o los gabinetes de maravillas naturales) y el refinamiento de otros tradicionales (como el dibujo y el grabado) dotaron a la historia natural de una serie de producciones que supusieron, entre otras cosas, la aparición de una auténtica comunidad internacional de naturalistas. Éstos encontraron vías de estrecha y eficaz comunicación, no sólo a través de la imprenta, sino sobre todo a través de una tupida red de cartas, envíos de muestras y semillas, intercambio de objetos y de noticias procedentes tanto del Nuevo como del Viejo Mundo. No resulta adecuado -por anacrónico y, en última instancia, confuso- el uso de términos como botánica, zoología o geología para designar estas actividades científicas. En cambio, el término historia natural es mucho más apropiado, no sólo porque era el que reconocían sus cultivadores, sino también porque ese tipo de aproximación al conocimiento de la naturaleza era único y no conocía una división disciplinar, que comenzará a plantearse sólo muy tardíamente, en el siglo XVIII y durante el Romanticismo, y no se desarrollará del todo hasta bien entrado el siglo XIX, en plena era del positivismo científico.

Para el cultivo de la historia natural, un europeo renacentista contaba - como no podía ser de otro modo - con un modelo clásico insoslayable: Cayo Plinio Segundo. Su monumental *Historia naturalis* era un verdadero monumento del saber clásico, elaborado en el siglo I de nuestra era; sus veintisiete libros representaban para la inmensa mayoría de los humanistas el modelo para conocer la naturaleza del Mediterráneo en la época romana y el saber que griegos y romanos habían ido atesorando en torno a ese objeto de observación cotidiana. Los anteojos de Plinio sirvieron durante generaciones para ver y para tratar de comprender muchas cosas en torno a la naturaleza y sus fenómenos; lo que se veía con esos anteojos no se correspondía exactamente con lo que se hubiera visto sin ellos, eso es obvio. Sobre todo si pensamos en que en buena parte de los casos la naturaleza observada se hallaba ciertamente muy lejos -espacial y conceptualmente- de la mediterránea.

El reto o la ambición de ser el Plinio de otras partes del mundo que se abrían por primera vez a los ojos de los hombres cultos de Europa estuvo presente en casi todos los viajeros cultivados. Como en tantas otras ocasiones ocurrió en la ciencia renacentista, en la medida en que una persona fuera capaz de separarse adecuadamente del texto de la autoridad clásica correspondiente y, aun aceptando su deuda con ella, supiera ir más allá, el panorama que se abría ante sus ojos era extraordinariamente fértil.

En este marco es donde se debe encuadrar la obra de Francisco Hernández, una obra de planteamiento ambicioso, de considerables proporciones y cuya ordenación y presentación constituyeron en sí mismas un problema de primer orden. Por otra parte, existe otra característica que hace también de la obra hernandina algo singular: el modo en que fue dada a conocer, ya que no fue publicada por su autor, ni completa ni parcialmente. Las vías por las que los estudiosos europeos fueron accediendo a la misma fueron complejas y muy significativas acerca del modo en que la ciencia europea fue asimilando el desafío que representaba el mundo natural americano. Este hecho marcó de manera muy especial la difusión de la obra hernandina y su indiscutible influencia, tanto entre sus contemporáneos como entre los científicos de las generaciones posteriores, como veremos en la parte final de nuestra charla. Pero comencemos por el principio, acercándonos a la vida de Hernández antes de emprender su expedición y la elaboración de su obra.

ANTES DE LA EXPEDICIÓN

Francisco Hernández nació en la Puebla de Montalbán, en el reino de Toledo, hacia el año 1515. Como casi todas las villas